

titud y sin tropiezos por el camino que conduce al cielo.

Inculcad, padres de familia, á vuestros hijos la devocion de San Rafael: ofrecédselos desde pequeños, y no tengais duda que aceptando el santo arcángel vuestra oferta, velará por ellos para que sean libres de los funestos lazos que empieza desde su infancia á prepararles la seduccion del siglo: San Rafael les alcanzará las bendiciones de Dios, para que crezcan con mas rapidez en virtudes que en edad; y si dóciles siguen vuestros consejos, practican el bien y son constantes en su devocion al Santo arcángel, merecerán tener en él, como tuvo el jóven de la tribu de Nepthalí, un guia que sacándoles ilesos de todos sus trabajos, les conduzca como por la mano al reino de la verdadera felicidad, donde solo entra el justo y el penitente.

Santo arcangel: en este valle de lágrimas, en el que somos viadores, no nos desampareis. Sed nuestro protector y nuestro fiel amigo, y cuando la tentacion trate de hacernos perder la gracia, colocaos á nuestro lado para que no nos dejemos vencer. Interceded por nosotros con nuestro buen Dios para que sean perdonados nuestros pecados, pues estamos convencidos de que con vuestro auxilio y proteccion tendremos un dia la dicha de en vuestra compañía y la de los demas ángeles y bienaventurados cantar eternas alabanzas al Señor en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. Amen.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE LOS

SANTOS MÁRTIRES JUSTO Y PASTOR.

*Nos sumus, qui spiritu servimus Deo,
et gloriamur in Christo Jesu.*

Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu, y nos gloriamos en Jesucristo.

Ad Philip. cap. III, v. 3.

REAL SACERDOCIO, PUEBLO CATÓLICO:

La religion augusta que tenemos la dicha de profesar, viene reuniendo en torno suyo desde su misma cuna las mas auténticas pruebas, así de su verdad, como de la Divinidad de su autor Jesucristo Señor nuestro. La doctrina evangélica, destinada á regenerar la sociedad, debia penetrar así en los palacios de los monarcas como en la rústica choza del pastor; pues así como el sol derrama su luz para servirnos de guia y comunicar su benéfico influjo á nuestra naturaleza y á los campos que nos producen el alimento, á este modo el sol Divino de justicia, Cristo Jesus, derrama los hermosos y brillantes rayos de su celes-

tial doctrina, para guiar al hombre á su eterna felicidad, desviándole de las tinieblas densas del error y la maldad.

La obra admirable de Jesucristo, tuvo que luchar desde su aparicion en el mundo con las mas crueles persecuciones, con el ódio de enemigos poderosos; la afilada cuchilla, los gárrios, las parrillas, las hogueras y otros mil instrumentos crueles, empleáronse en la destruccion de los profesores de la fé, cuyas almas volaban desde el lugar del martirio á recibir la corona de la inmortalidad en el Empíreo. El proyecto de los emperadores era concluir con la religion cristiana, y sin duda sus esfuerzos hubieran concluido con ella, si la religion cristiana hubiera sido obra humana. ¡Empero era obra de Dios, y las obras de Dios no pueden ser jamás destruidas por los hombres!

¿Podrian los grandes sábios y esclarecidos filósofos hacer variar de direccion á alguno de los astros, aminorar las aguas de los mares, ó hacer que concluyeran en ellos el flujo y el reflujo? ¡Cuán pobre y miserable es el hombre! La menor de las obras de Dios le hace conocer su pequeñez y su nada. ¿No os reiriais de la insensatez del que pretendiese efectuar tales obras? Pues ved la locura de los que tuvieron la temeridad de querer contener el rápido progreso de los triunfos de la religion cristiana: sus persecuciones solo dieron por resultado hacerla aparecer mas gloriosa, llenando el cielo de ilustres mártires que dejaban al mundo en la memoria de su muerte ejemplos admirables de virtud y de fortaleza. ¡Ah! el cristianismo, fecundo en gloriosos hechos, presenta al mundo una cohorte brillantísima de ilus-

tres héroes, que arrojando por todos los peligros y llevando por lábaro de sus conquistas la Cruz del Redentor, ganaron muchas almas para el cielo y sellaron la religion con su inocente sangre.

Es en verdad admirable, mis señores, el espectáculo que presentaba el cristianismo en los siglos de las grandes persecuciones: varones esforzados, ancianos encorvados bajo el peso de los años, tiernas doncellas y hasta niños inocentes, en los que apenas se habia desarrollado la razon, poseidos del mayor entusiasmo y cubiertos los rostros de alegría, corrian presurosos á salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero.

¡Qué lugar mas distinguido ocupan entre todos ellos los esclarecidos niños cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre, y á quienes este pueblo reconoce por sus especiales patronos! Hablo de los santos mártires Justo y Pastor, que niños aun y cuando apenas habian empezado la carrera de su vida lograron ceñir en sus sienes la corona del martirio. Justo y Pastor pueden levantar su voz y confundir la altanería de los siglos diciendo: *Nos sumus qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu.* Nosotros somos los que servimos á Dios y nos gloriamos en Jesucristo. La constancia en el martirio de estos santos niños es una demostracion tangible de lo vanos que son los esfuerzos todos de la impiedad para destruir la obra de Jesucristo. Tengo presentada la proposicion del presente discurso. Para su buen desempeño imploramos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los mártires, saludándola con las espresiones del ángel: *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

La verdad y el error han sostenido y sostienen continuamente una porfiada lucha: empero siempre han sido notables los admirables triunfos conseguidos por la verdad. Hemos dicho en el exordio que el catolicismo ha sido combatido desde su misma cuna; pero si esto es una verdad innegable, tambien lo es que invulnerable siempre y sostenido por el dedo de Dios, viene repitiendo estas palabras del mismo Jesucristo: *Portæ inferi non prævalent adversus eam.*

Sí, Iglesia santa; si tan tenazmente eres combatida: si hijos espúreos y desnaturalizados desgarran tus entrañas y hacen verter lágrimas á tus ojos, bien puedes regocijarte, pues te ves rodeada de multitud de hijos dignos que vienen formando tu gloria y tu corona. Tú conservas en tus fastos los nombres de aquellos siervos fieles y prudentes, en quienes quiso el Señor hacerse admirable: te precias de tantos héroes como numeras santos y los presentas como dechados de loabilísimas virtudes; y ora hablándonos de tus vírgenes gloriosas, ya de aquellos ilustres confesores que pudiendo beber á su gusto la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, no la acercaron á sus lábios, y todo lo abandonaron por seguir á Jesucristo, ya recordándonos el valor y la intrepidez de tus esclarecidos mártires, tan pronto presentándonos la santidad en el trono como en el albergue de la mayor miseria, y resplandecientes en criaturas de toda edad, sexo y condiciones, hácenos conocer que el cristianismo no escluye á ninguno de sus magníficas promesas.

Señores: si Dios se muestra admirable en todos sus santos, yo veo resplandecer de un modo singular su gloria y su poder en los santos mártires que vienen siendo objeto de los presentes cultos. No venimos hoy á hablar de uno de aquellos grandes héroes del cristianismo, á quienes el haber escuchado la predicacion de los Apóstoles ó de sus discípulos les decidió á hacerse defensores de Jesucristo y su religion, por cuyos objetos vertieron su sangre en el martirio. No voy á llamar vuestra atencion á la contemplacion de un Estéban, que lleno de virtud y de fortaleza recibe con semblante sereno y como regalos estimables las piedras que sobre él arrojan sus enemigos y que le conducen al cielo: ni vamos á contemplar á un Lorenzo, que mira como blando y regalado lecho las parrillas, ni á un Sebastian que despues de esgrimir el acero en los campos de Marte, cuando la pátria le llamara al cumplimiento de sus deberes militares, se hace conocer como valeroso soldado de Cristo, defendiendo sus soberanos derechos á presencia de los emperadores, y corre impávido al martirio. Todos estos y otros muchos mártires, cuya memoria celebra la Iglesia, son ciertamente acreedores á los mayores elogios; empero entre todos los mártires ilustres veo yo presentarse y resplandecer como estrellas brillantes á los santos Justo y Pastor, que en su niñez, en sus mas tiernos años se hacen un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres, acometiendo la honrosa empresa de morir por Jesucristo con el mismo valor y denuedo, con igual heroismo que lo hicieran aquellos otros á quienes su mayor edad y su despejada razon hicieran claramente dis-

tinguir lo verdadero de lo falso. Dios en sus altos é incomprensibles juicios escogió de entre la multitud á estos tiernos niños para mostrarse por ellos glorioso, y como árbitro en repartir sus gracias se las comunicó en abundancia, haciéndoles emprender una empresa superior á su edad, y por consiguiente á sus delicadas fuerzas. La historia de estos santos niños es un solemne mentís para aquellos que dicen, con el nefando objeto de corromper á la juventud, que las máximas del Evangelio son contrarias á la grandeza de alma, á los grandes hechos. Registremos los anales de su vida.

No son completos los documentos que nos han quedado de todas las circunstancias y particularidades que concurrieron en Justo y Pastor: así yo no podré decir si se mecieron en dorada cuna, ó se cubrieron con los pañales de la miseria: pero todo nos induce á creer que se criaron en una modesta medianía. Alcalá de Henares fué la dichosa pátria que les vió nacer por los años del Señor de 295 al 97. Pastor era el mayor, siendo la diferencia de dos años. ¡Qué oscuros son á la vista del hombre los designios de la Providencia! ¿Quién te diría ¡oh dichoso pueblo de Alcalá! que esos dos tiernos infantillos, en cuyos natalicios ni aun has fijado la vista, formarán un día tu mayor timbre, y declarados tus especiales patronos serán tus intercesores para con Dios? Ciertamente que si de ello se hubiesen apercibido los habitantes de aquel pueblo, hubiesen corrido presurosos á postrarse ante sus cunas, y no hubiesen podido contener las efusiones de su gozo y alegría.

Trasladémonos, mis señores, con la consideracion, á aquella época de prueba para la inmaculada Esposa

del Cordero, en la que Diocleciano y Maximiano levantaron aquella terrible persecucion que pobló el cielo de mártires. Se trataba de desterrar para siempre el nombre cristiano de todas las provincias sujetas al imperio romano. Para esto fueron enviando á los mas crueles é implacables enemigos de los cristianos, como gobernadores á cada una de las provincias. Nuestra ciudad de Zaragoza fué teatro de las mas sangrientas escenas; é innumerables víctimas fueron sacrificadas por el ódio del implacable Daciano, nombrado gobernador de nuestra España. Tanta inocente sangre vertida por su mandato, no fué suficiente para aplacarle, antes por el contrario, creciendo en su corrompido pecho el deseo de venganza y de esterminio contra los hijos de la Cruz, trasládase á Alcalá de Henares, con el impío objeto de sacrificar cuantos cristianos encontrase.

Abre, pues, tus puertas, ciudad célebre, y recibe al mónstruo que viene á cubrirte de luto y de dolor: empero no tiembles ni te acobardes, pues el movimiento de esa espada formará diademas hermosas que adornarán las sienas de tus fieles hijos. Y tú, tirano Daciano, ¿qué pretendes, al fijar tus reales en Alcalá? ¿Cuál es tu designio? ¿Qué exiges de esos leales habitantes? ¿Quieres que el gefe del imperio sea respetado? Lo será, pues que el cristiano sabe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. ¿Deseas que los cristianos abandonen sus creencias y doblen sus rodillas ante los dioses del imperio? ¡Ah! Pides un imposible. Gustosos perderán sus haciendas y sus vidas antes que ser infieles al verdadero Dios, y jóvenes y ancianos, y delicadas doncellas, y hasta los tiernos infantillos salpicarán con su sangre los vestidos de la Esposa de Jesucristo, y harán admirables los triunfos del catolicismo,